



En el Barrio de San Blas, Cusco

San Blas, el otrora antiguo barrio inca llamado T'oquekachi (ventana de sal), no solamente es una ventana abierta de la ciudad al pasado sino también al futuro, pues es uno de los espacios más emblemáticos para el visitante nacional y extranjero con los que interactúa intensamente brindando su rico patrimonio cultural, histórico y artístico.

Ahí, en una callecita empinada, llamada Suyt'uqhatu (mercado alargado), a poca distancia de la plazuela, radica la familia de imagineros La Torre, una de las más tradicionales y prestigiosas del Cusco, conformada por los esposos Jesús Alejandrino La Torre Ibarra (1933-2008) y Rosa Béjar Navarro (1935), quienes se casaron muy jóvenes y dieron vida a ocho hijos: César, David, José, Rafael, Marco Antonio, Edgar, Rosa y Ana María.

Doña Rosa Béjar Navarro desciende de uno de los más connotados imagineros cusqueños, cuya genealogía artística se pierde en los tiempos virreinales. Ella aprendió el arte familiar desde los siete años.

En efecto, su padre don Raymundo Béjar Escobar fue muy famoso gracias a sus impecables Niños Manuelitos rozagantes de impresionante tersura y conmovedora expresión facial.

A lo largo de su vida, doña Rosa ha recibido diplomas de reconocimiento del Santuranticuy y ocasionalmente se dedica a las pequeñas efigies de angelitos desnudos o vestidos.

Don Jesús La Torre, también fue heredero de una familia de escultores; su padre Arístides La Torre Góngora fue estucador de decoraciones arquitectónicas. Desde los once años, Jesús La

Torre era ya reconocido por sus acuarelas de aspectos pintorescos de la ciudad.

Poco después, realizó estudios en la Escuela de Bellas Artes del Cusco y también en la Escuela de Restauración de Lima, sin duda, motivado por la secuela del terremoto de 1950, que propició en el Cusco la necesidad de restaurar y de crear obras artísticas, entre ellas las escultóricas.

Sin embargo, su verdadero maestro en la imaginería fue su suegro don Raymundo Béjar y también su propia esposa.

Pasados los años ya era un artista consagrado en lo académico y en lo popular, además de su labor profesional en el campo de la restauración, que perfeccionó con sus estudios en el Centro Interamericano de Arte Peruano de la UNESCO, Organización de Estados Americanos y el INC, bajo la dirección de distinguidos profesores europeos, así como su participación en el Proyecto PER-39.

Además, fue docente y, en ocasiones, escritor sobre asuntos de su profesión. Gracias a sus cualidades profe

sionales y morales, Jesús La Torre fue elegido para ser el restaurador exclusivo de la efigie del Señor de los Temblores, con cuya labor demostró que dicha efigie fue hecha en el Cusco con técnicas y materiales locales y no en España como se sostenía.

Elaboró esculturas de cedro y balsa para diversas parroquias de los alrededores del Cusco. En ellas respeta la tradición virreinal de la talla, el modelado y el estilo producto de la mixtura manierista del cuño de Bernardo Bitti con el renacimiento y el barroco sevillano de influencia de Juan Martínez Montañés.

Asimismo, se inspiró en la tradición de la pintura, la historia y las costumbres del Cusco, de las que trata de aquilatar lo más resaltante como expresión de identidad cusqueña.

Por ello su temática está caracterizada por arcángeles, más frecuentemente San Rafael y San Miguel, algunos de ellos portando el tupacayauri o sunturpaucar de los incas, la Virgen de Belén portando al Niño fajado a la manera nativa, la coronación de la Virgen por Cristo y Dios Padre, entre otros.

Asimismo, su recurrencia al empleo de la pasta, la tela modelada, los rellenos de maguey y la aplicación del pan de oro con esgrafiados o estofados responden a la tradición local que viene desde Bitti y de toda la denominada escuela virreinal cusqueña.

Aún en sus obras de la imaginería popular tradicional, Jesús La Torre mantiene en cierta manera el estilo equilibrado de la fusión manierista y barroca, aunque le añade síntesis y mayor expresión de gracia y simpatía, y recurre también a la metamorfosis de las divinidades cristianas luciendo vestuarios del campesino indígena.

Para sus representaciones costumbristas crea efectos escenográficos y dispone una variedad de posiciones según las circunstancias de la vida cotidiana y las costumbres.

Todo ello responde a su permanente compromiso con las costumbres, ritos y tradiciones de su ciudad, lo que permitió la coherencia de su obra en su expresión de vida y verdad.

En ocasiones, al captar el sabor festivo popular apela al humor como se evidencia en la creación de músicos vernaculares con cuellos de resorte, o en sus escenas cargadas de incidencias anecdóticas propias de la idiosincrasia popular como en sus escenas de picantería, panadería, la procesión del Corpus Christi, entre otras.

Sin embargo, también respeta y enaltece al hombre campesino tal como lo revelan sus tipos humanos y sus oficios como La lechonera, La frutera, o en sus obras ganadoras del Santiranticuy tales como Matrimonio indígena (1961) y Pareja de Pisac (1992).

Las obras de Jesús La Torre son expresiones de la profunda fe y devoción de la religiosidad popular y del costumbrismo en la ciudad del Cusco.

Por eso se le reconoció, en el año 2002, como Gran Maestro de la Artesanía Regional; al año siguiente fue declarado Gran Maestro de la Artesanía Peruana y también se le otorgó la Medalla de Oro de la ciudad de Cusco. Lamentablemente, falleció el 07 de abril de 2008, pero con la satisfacción de haber llevado una vida ejemplar, colmada de plena realización personal y profesional, en la que fueron pilares fundamentales el apoyo constante de su esposa Rosa, sus hijos y nietos.

Como es natural en una familia de artistas, los esposos La Torre y Béjar han legado a sus hijos los secretos del oficio, el amor y la voluntad por la imaginería y el Cusco. Algunos de ellos como César y Rafael confeccionan máscaras festivas.

David que dominaba la escultura, lamentablemente falleció en 2003. Rosa Angélica, Hugo, Marco Antonio y Ana María realizan pequeñas efigies que se caracterizan por su sintetismo, refinamiento y expresión candorosa y encantadora.

Algunos de los nietos, como Andy Olarte La Torre y Luis Enrique La Torre han comenzado a hacer sus primeras obras.

La mayor parte de ellos trata de alcanzar su propio estilo y de estar a la altura de los méritos de sus ilustres ancestros; por un lado persisten en la preservación de la imaginería y de sus valores familiares; por otro, se empeñan en lograr los laureles consagradorios del arte, los cuales son inherentes al santuranticuy navideño.

Esta vasta descendencia de la familia La Torre tiene la ardua tarea de renovar constantemente la inmensa fe del pueblo cusqueño.